

Comentario de ópera

Abran paso a “Llacolén”

Mario Córdova



Desde que en 2008 surgiera “Viento blanco”, la vertiente creativa de la ópera nacional ha entregado un abundante repertorio de crecimiento cada a vez más veloz. “Gloria”, “Patagonia”, “La rara”, La abeja de fuego”, “No tengan miedo si viene la niebla”, “Lágrimas de sal” son los títulos más recientes, en que ha habido variado formato y calidad, con algunas obras notables... y otras no tanto.

Tan activa vertiente entregó ahora “Llacolén”, una muy buena obra de gran calado, del compositor Víctor Hugo Toro, con libreto de Gonzalo Cuadra (español y mapudungún subtitulado). Está inspirada en una leyenda mapuche arraigada en la zona del Bio-Bio, valorándose su producción regional, por la Corporación Cultural de la Universidad de Concepción CORCUDEC.



“Llacolén” proyecta una intervención musical potentísima dentro de cánones convencionales.

En tres actos, ambientada en la Guerra de Arauco (Siglo XVI), aborda el drama que enfrenta la hija del toqui Galvarino, enamorada de un soldado español y rechazando la imposición de un novio de su raza.

Muy bien trazada sobre textos de profunda poética, con un desarrollo de diálogos e interacción de personajes que se advierten retenidos, “Llacolén” proyecta una intervención musical potentísima dentro de cánones convencionales. Su partitura plantea exigencias vocales a los seis cantantes solistas y al coro, viéndose cumplidas en plenitud. Por su parte, el acabado y variado discurso orquestal que Toro trabajó a lo grande (con agregados instrumentales mapuche auténticos), encontró en la numerosa Sinfónica de la U. de Concepción una excelente aliada, más aún al estar dirigida por el propio compositor.

En lo visual llama la atención una propuesta tendiente al estatismo actoral, que impone rigideces a los personajes. La ausencia de mayores movimientos y gestualidades

parece ir de la mano con esa señalada retención, e incluso la acentúa, acercando la concepción integral del montaje al ámbito de una cantata. Las movedizas pantallas luminosas con cambiantes imágenes internas y el uso de proyecciones, hoy tan en la boga operística, cumplen a cabalidad la necesidad de ambientación espacial, haciéndose notar en las últimas una convivencia, acaso confusa, de simbología mapuche ancestral con dibujos que tributan a un modernísimo “op art”. Todo en muy movido blanco y negro.

Más allá de estas consideraciones, esta “Llacolén” recién nacida se advierte ya mayor, situada en una plataforma que debiera brindarle muchas nuevas puertas abiertas. Porque su tema, su libreto y, sobre todo, su música, poseen enorme calidad y atractivos. Santiago la espera.